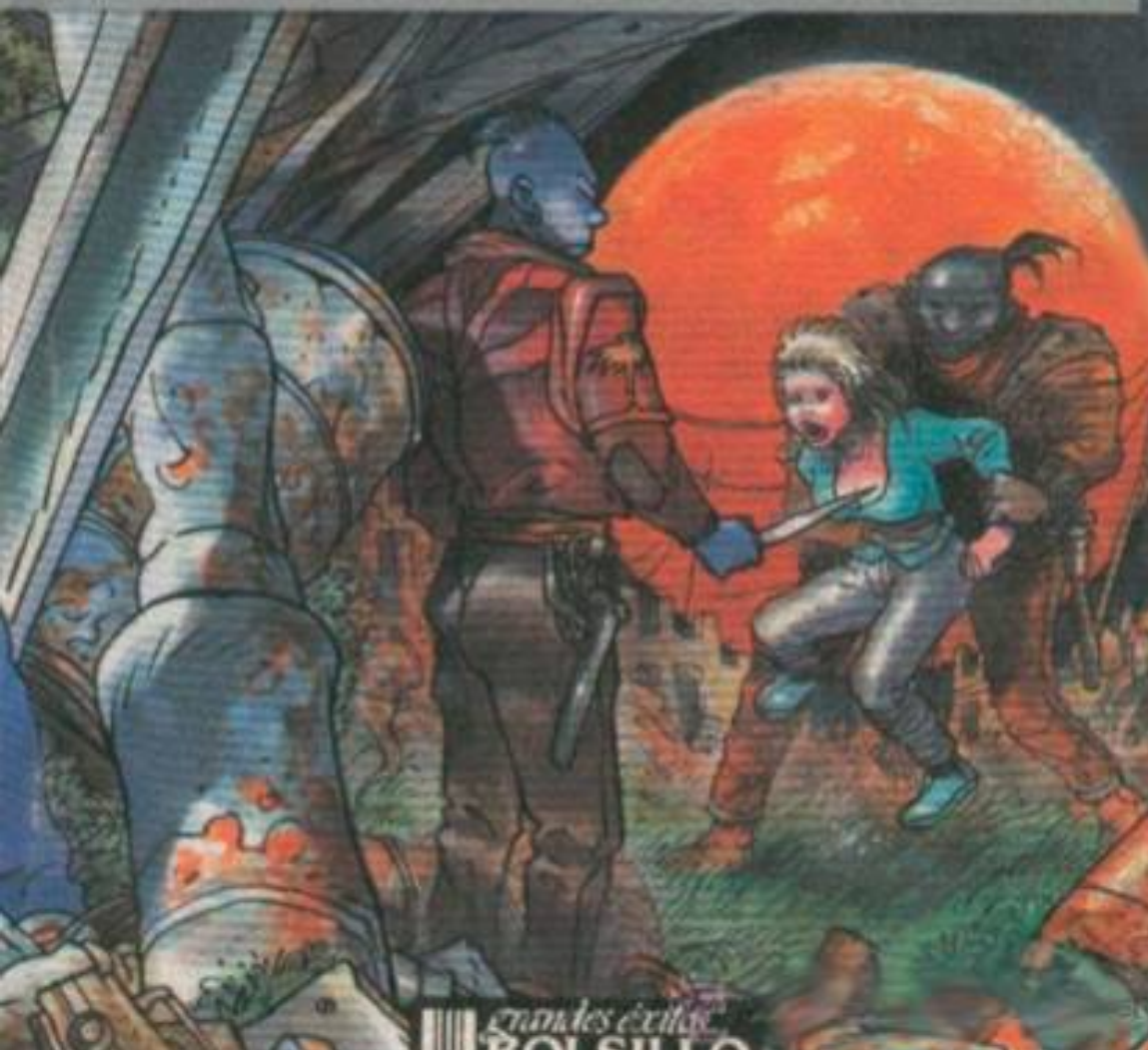


Samuel R. Delany

DHALGREN-III

Palimpsesto

La culminación de la novela épica más importante de todos los tiempos. Una obra maestra sobre la violencia, el sexo, la irrealidad de todo lo que nos rodea, y los mitos y la cultura de la juventud.



Sexo, violencia, arte, cultura, búsqueda de una identidad..., todo ello dentro de los fluctuantes límites de una ciudad irreal llamada Bellona, sumergida en un mundo que sigue indiferentemente su camino y completamente aislada de él. Una galería de personajes y situaciones apasionantes: desde el misticismo del monasterio hasta la promiscuidad del nido de los escorpiones, desde la cruda realidad de una terapia psiquiátrica hasta la onírica irrealidad de una orgía tribal en torno al fuego, la búsqueda de una (¿inexistente?) verdad se convierte en un periplo reflejado paso a paso en un diario alucinante. ¿Dónde termina la fantasía y empieza la realidad? ¿Dónde termina la realidad y empieza la fantasía? Quizá la única respuesta se halle desde fuera de la ciudad maldita. O quizá, una vez salido de su influjo, todo empiece de nuevo.

Porque el tiempo es cíclico...

NOTA IMPORTANTE sobre la versión digital. Este libro tiene una particular composición (son dos textos diferentes en la misma página, por lo que si se va a leer en pantalla hay que hacerlo en Vista Diseño de Impresión, en cualquier otra Vista puede 'desaparecer' el texto secundario (es una forma de hablar). En esta edición epub estos textos se han colocado en cursiva.

Otra característica singular de este libro es que muchas veces el texto queda como colgando, sin haber acabado el párrafo con su punto y aparte convencional y luego empieza otro nuevo sin mayúsculas, no debes preocuparte, no es un error de escaneo o corrección, el texto es así.

VI

Palimpsesto

Capítulo 1

—Sólo vigile. Oh, sí, será mejor que vigile. Yo lo sé. Yo lo sé. —Agitó un dedo, retrocedió, dijo algo en español. Luego—: Van a *atraparle*...

—Mire, hombre —dijo Chico—, ¿quiere...?

—Está bien. Todo está bien. Simplemente vigile, ahora. ¿Por favor? Lo siento. Lo siento. —Su grueso cuello estaba empapado en sudor. Tiró de su jersey de lana—. Lo siento. Ahora déjeme solo, ¿eh? Van a... —De pronto miró a su alrededor, dio media vuelta, y se alejó pesadamente por el callejón.

—Jesucristo. —Una sonrisa flotó en el rostro de Denny—. ¿Qué... qué fue todo eso?

—No lo sé. —Uno de los libros había caído a la acera. El otro estaba inclinado en posición precaria en el bordillo.

—Quiero decir que este tipo simplemente aparece y empieza a empujarte de este modo. Creí que ibas a pegarle. —Denny agitó pesadamente la cabeza—. Hubieras debido pegarle. ¿Por qué salió así y se metió con nosotros de esta manera?

—No se metió contigo de ninguna manera. —Chico recogió los libros y volvió a metérselos en la espalda, debajo del cinturón.

—Simplemente está loco o algo así, ¿eh?

—Vámonos —dijo Chico—. Sí, está... loco.

—Jesucristo. Eso es realmente extraño. ¿Lo habías visto alguna vez antes?

—Sí.

Caminaron.

—¿Qué hacía entonces?

—Más o menos lo mismo... una vez. ¿Las otras? Parecía más bien normal.

—Un chiflado —dictaminó Denny, y se rascó las ingles desde dentro de los bolsillos de sus pantalones—. Ella vive ahí. Creía que ya lo sabías. ¿No te lo dijo?

—No.

Denny frunció la nariz.

—Toda esta mierda en el aire. No creo que sea muy sano, ¿sabes? ¿Qué ocurre?

Chico se había detenido para sujetar una sección de la cadena que cruzaba su estómago. Un círculo de cristal distorsionó la yema de su pulgar, convirtiéndola en el flanco de una cebra; sucias depresiones espiralaban la piel.

—Vive ahí delante —repitió Denny, cautelosamente.

—De acuerdo.

Torcieron hacia la calle, al paso.

—Es un hermoso lugar.

La tensión colgaba ante él, suspendida: Chico deseó poder examinarla desde más cerca: difractarla, reflejarla, ampliarla...

Doblaron la esquina y bajaron por la vacía calle.

—Parece como lluvia, ¿no? —dijo Denny.

—Siempre parece como lluvia.

—Pero no da la sensación de lluvia.

—Nunca da la sensación de lluvia.

—Sí, es cierto; tienes razón. —Denny empezó a subir los escalones de cemento, sujetándose en el pasamanos de aluminio—. ¡Nunca la da!

Chico le siguió, observando los tres pisos de la fachada. Denny pulsó el timbre.

—Viven en el piso de arriba. Los primeros dos pisos están vacíos, así que la gente piensa que no hay nadie en el edificio.

—Es una buena idea no atraer la atención, supongo. —Chico pensaba en preguntarle quiénes eran el resto de «ellos» cuando sonaron unos pasos en la escalera.

—¿Quién es? —preguntó una mujer—. ¿Una voz familiar? —Se preguntó de dónde.

—Soy amigo de Lanya. Me gustaría verla.

La mirilla se oscureció.

—Espere un momento.

La puerta se abrió.

—¿Sabe?, al principio no reconocí su voz —dijo Madame Brown—. ¿Cómo está, Chico? —Hizo entrar a Denny—. Hola, es estupendo verle de nuevo... Denny, ¿no? —Su cuello rutilaba.

—¿Lanya vive con usted? —Chico se sintió impresionado, sin saber por qué.

—Ajá. ¿Por qué no pasan?

En algún lugar, más arriba del primer rellano, Muriel ladró.

—¡Chitón! —ordenó Madame Brown al aire—. ¡Chitón, digo!

La perra ladró tres veces más.

—Pasen, pasen. Empujen la puerta tras ustedes. Se cierra sola.

La siguieron escaleras arriba.

—Creo —dijo ella por encima del hombro— que Lanya está durmiendo. Con el añadido de su escuela, las dos tenemos montones de problemas en mantenernos al día en todo lo que debemos hacer. No sé cuándo se fue a la cama. Sospecho que fue más bien tarde.

—Ella querrá verme —dijo Chico. Frunció el ceño al rojo y áspero pelo de la nuca de Madame Brown.

—Oh, estoy segura que sí.

Llegaron al primer rellano.

Muriel, ahora visible, ladró de nuevo.

—¡Chitón! ¡Deja de ladrar! Son personas a las que conoces, querida. Éste es Chico. Y éste Denny. Te pasaste horas jugando con Denny la última vez que estuvo aquí. No te pongas así. —Tendió la mano hacia el hocico de la perra; Muriel se tranquilizó—. ¿Dije que Lanya estaba durmiendo? Lo dudo después de todo esto. ¡Desobediente! ¡Desobediente!

Denny miraba arriba y abajo y a todos lados..., no como alguien que hubiera estado jugando horas allí. Había velas por todas partes: tres en una mesita al lado de una foto enmarcada, un candelabro de hierro lleno de ellas en un rincón, dos más en el alféizar entre cortinas blancas ensombrecidas por el cielo detrás.

—¿Tienen electricidad aquí? —preguntó Chico.

—En dos habitaciones —explicó Madame Brown—. Oh, ¿las velas? Bueno, estamos tan cerca de Jackson que pensamos que era mejor tenerlas a mano por si acaso.

Dos habitaciones más allá, a oscuras: una pared llena de libros, un escritorio, un sillón.

—Ésta es mi oficina —comentó Madame Brown ante la mirada de Chico.

Lo cual atrajo su mirada hacia más candelabros en la siguiente habitación.

—Hum..., es un lugar realmente bonito.

—Hay algunas casas maravillosas en toda esta zona, si una se toma la molestia de buscarlas. No son en absoluto difíciles de encontrar. Aunque supongo que tuvimos suerte con ésta. La mayor parte de los muebles estaban ya aquí.

—El alquiler tiene que ser una ganga —dijo Chico—, si a uno no le importa el vecindario.

—Oh, no pagamos ningún alquiler... —Tras un momento no emocional (Chico se detuvo y Denny chocó contra él), ella se echó a reír, fuerte y agudamente—. ¡Por cierto, felicitaciones por su libro! Mary Richards me mostró un ejemplar

el otro día. No deja de decirle a todo el mundo que le conoce personalmente.

—¿De veras? —Pretendió sonreír cínicamente; pero el placer convirtió su sonrisa en una expresión de alegre y ridícula sinceridad—. ¿Eso hace?

—Le lee a la gente pasajes en voz alta después de cenar. Estoy segura de que si se deja usted caer por allí, recibirá una acogida positivamente calurosa. —Alzó una ceja—. Muy calurosa.

—Quizá de ella —dijo Chico—. No de él. ¿No cree que esas personas son...? —y, observándola, decidió olvidar el asunto.

Pero ella no lo quiso olvidar:

—Eso es lo que decía ese escritor que todos ustedes, jóvenes, leían aquí hace algunos años: «El problema no es aprender a amar a la humanidad, sino a aprender a amar a aquellos de sus miembros que tenemos al alcance de la mano.»

Poemas escogidos 1930 - 1950, Piedras, Peregrinaje, Rictus, El momento dinámico, Un sentido de comienzo y La cartuja de Ballarat, todos ellos de Ernest Newboy, estaban reunidos detrás del escritorio, sujetos a los lados por dos estatuillas africanas. Los últimos tres volúmenes juntos eran dos veces más gruesos que los primeros cuatro.

—Bien, a ellos no los tengo al alcance de mi mano. Quiero decir, no pongo a sus amigos contra usted. Tengo algunos amigos propios realmente extraños.

—No pensé ni por un momento que lo estuviera haciendo, lo cual es una de las razones por las que me gusta usted. Y ellos no me han hecho nada..., todavía.

Él «todavía» le desafiaba con posibilidades. También probaba su reticencia. Así que preguntó:

—¿Cómo se llevan usted y Lanya..., juntas aquí?

—¡Oh, es una estupenda compañera de apartamento! Enérgica, viva... Es agradable tener a alguien tan agudo a tu alrededor. Cuando tuve que abandonar mi otro lugar...,

pero usted no estaba allí para ello. Nos hubiera podido ayudar a mudarnos. Yo estaba mortalmente aterrorizada. En definitiva no ocurrió nada, pero tuve que hacerlo. Lanya me ayudó a encontrar este lugar. Siempre me ha gustado ella y..., bien, le sugerí que lo compartiéramos. Ha funcionado estupendamente, creo. La escuela está a sólo un par de manzanas de aquí. Los pocos pacientes que he cogido...

Sonó el timbre.

—Aquí viene uno. ¿Saben? —mientras pasaba por su lado en dirección al vestíbulo—, en realidad creí que era él cuando bajé a abrirlas. —Hizo un gesto con la mano hacia otro pasillo—. La habitación de Lanya está ahí al fondo. Entre y despiértela. Sé que ella desea verle. —Oyeron sus pasos trasladarse del rítmico taconeo sobre el pasillo a los apresurados pasos por la escalera.

Denny dijo:

—Bonito, ¿no? —en voz muy baja; luego se chupó el labio superior, donde unos pálidos pelos se clavaban como finas agujas en la enrojecida piel—. ¿Quieres ir... a su habitación?

—Sí.

—De acuerdo. —Denny enfiló el pasillo.

No había bombillas en las elaboradas molduras del techo. Un enorme cuadro (alto como Denny, largo como Chico), enmarcado en dorado, pareció, cuando pasaron por su lado en las sombras, completamente negro.

—Esta puerta —dijo Denny.

Estaba entreabierta.

—Entra —dijo Chico. Denny no lo hizo; así que Chico entró.

Un aire cálido azotó su rostro. El calor tenía un asomo de gas..., frente a una chimenea de ladrillo, una estufa parpadeaba y siseaba a través de su rejilla inferior.

Lanya dormía en un sofá cama, bajo una sábana rosa. Delante de una enorme tela con violentos colores y sin marco, brazos de vegetación, blancos y púrpuras, se incli-

naban sobre ella desde una docena de macetas, esparcidas por el alféizar de la ventana o colgando encima de la repisa de la chimenea.

—¡Cristo, hace calor! —exclamó Denny—. ¿Cómo puede dormir aquí dentro?

—Vamos —dijo Chico—. Despiértala.

Denny le frunció el ceño.

—Quiero mirar —dijo Chico.

La lengua de Denny se asomó por un momento por encima de su labio inferior. Avanzó unos pasos...

Ella estaba con la mejilla apoyada plana sobre la almohada y los hombros desnudos semi-cubiertos por la sábana. Su mano, cerca de su rostro, estaba doblada por la muñeca. Un talón, apoyado contra el borde, se asomaba por el otro lado, los dedos vueltos hacia dentro.

... puso una rodilla sobre el colchón (ella hizo Uhhhh, volvió el rostro hacia abajo, y su talón desapareció bajo la sábana), pasó la otra por encima de su cuerpo para montarla a horcajadas y sujetar su cabeza.

—Hey... —Un brazo se alzó y se agitó—. Maldita sea, suelta mi... —Se volvió sobre su espalda—. ¿Qué estás haciendo, eh...? Oh, hey... —El brazo descendió y se posó en la cadera de Denny—. Mira, querido, estoy dormida como un tronco, ¿eh?...

Denny agitó de nuevo la cabeza...

—Oh, vamos...

... y rió.

—Chico dijo que debía despertarte yo.

—¿Eh?

—Él quería mirar.

—¿Con binoculares desde el tejado al otro lado de la calle?

—Está aquí.

—¿Dónde? —Se alzó y miró por un lado de la pierna de Denny—. ¡Hey! —Una sonrisa se derramó por su rostro,

mezclándose con su sueño como leche vertida sobre agua, mientras sus ojos se aclaraban como jade.

—Te traje algo —dijo Chico.

—¿A él? —Reclinó su cabeza en la cadera de Denny—. Me gusta. Es estupendo, y es muy dulce contigo. Pero estoy horriblemente soñolienta.

—No eso. —Chico sacó los libros—. Esto. —Se sentó en la cama.

La camiseta de ella estaba arrugada hacia un lado, y él pudo ver el lugar donde empezaba su pecho, y luego el pezón debajo de la tela. (Contempló la diferencia entre los dos colores, para los cuales solamente podía pensar en la palabra blanco.)

—¿Qué son...? —Se soltó de Denny, que se echó hacia atrás y se sentó sobre sus talones, haciendo bambolear la cama—. ¡Oh! —Los tomó de sus manos, sonriendo.

—¿Qué son exactamente? —preguntó Denny.

—¡Los poemas de Chico! —dijo Lanya.

—Supongo que uno de éstos puede ser para ti.

—¿De veras? —preguntó Denny—. ¿Por qué no me lo diste antes, entonces?

Lanya le pasó a Denny su libro y abrió el de ella.

—Tiene realmente muy buen aspecto..., aunque me parece que te sentaste un cierto tiempo sobre él.

—¿Ya no estás enfadada conmigo? —preguntó Chico.

—¿Lo he estado alguna vez?

—A veces pienso que eres más extraña que yo.

—El Movimiento de Liberación de la Mujer nos ha hecho perder la prerrogativa de cambiar de opinión, ¿eh? —Suspiró—. Mucha gente se alegrará de saberlo.

—Hey —preguntó Chico—, ¿te acuestas con Madame Brown?

—¡No! —Lanya alzó la vista del libro, sorprendida—. ¿Qué te ha dado esta idea?

—No lo sé. —Chico se encogió de hombros—. A ella le gustan las jovencitas y, bien, tú estás aquí...

Lanya frunció el ceño. El libro golpeó la sábana.

—¿No pueden dos personas ser simplemente amigas en esta ciudad?

—Deberías acostarte con ella. —Denny levantó la vista de su libro.

—¿Por qué? —preguntó Lanya.

—Porque es tu amiga —dijo Denny.

El ceño de Lanya se frunció por un momento. Luego se echó a reír.

—¿Qué eres tú, el Dale Carnegie de la Contracultura? Hey, quita tu pie de ahí, ¿quieres?

Denny retiró su pie.

—¿Tú has escrito todo esto? —Volvió otra página, regresó a la portada, abrió de nuevo el libro. Volvió otra página, lo cerró, lo abrió—. ¡Hey!, ésta es la cosa que no dejan de anunciar en el maldito periódico, ¿no?

—Claro que lo es. —Lanya volvió también otra página—. Oh, eres un encanto trayéndomelo. —Alzó la vista hacia él, volvió a mirar el libro—. Yo..., de todos modos me temo que tengo que hacerte una confesión.

—¿Qué...?

—Ya he repartido como unos doce ejemplares a casi prácticamente todo el mundo que conozco. Y creo que me sé ya la mitad de los poemas de memoria..., en realidad ya me los sabía antes de que fueran publicados.

—Oh, está bien. —Chico intentó descubrir si aquello le hacía sentirse bien o mal.

—Iba a pedirte que me escribieras algo en el ejemplar que me he quedado para mí. Pero éste es mío ahora. —Lo alzó hasta su nariz—. Huele como tú. Creo que eso es mucho mejor que un autógrafo.

Denny cerró su libro por sexta vez y lo olió.

—¿Te gusta como huele Chico?

—Mmmmmmm. —Lanya apoyó su brazo en el pecho de Chico y lo empujó hacia atrás—. ¿A ti no?

—Me provoca una erección —dijo Denny—. A veces. Pero no sé si me gusta.

Chico se tendió de espaldas.

—Supongo que es muy considerado por tu parte el que los hayas repartido. No sabía que estuvieras dispuesta a perder todo ese tiempo en ello. No, quiero que me cuentes algo más acerca de algunos otros de esos días que me he perdido. ¿Cómo permites que crezca toda esta jungla aquí dentro?

—Todas son coleos —dijo ella—. Crecen en cualquier parte.

—Inquietante —dijo Chico—. Has convertido esto en casi una jodida jungla.

—Las plantas son relajantes.

—Siempre que no te den un mordisco en la mano cuando estés intentando regarlas. —Enfocó su vista, a través del variado púrpura, en el yeso del techo (otro blanco distinto al de tela y carne)—. ¿Conozco a Wally Efrin?

—¿Wally? Por supuesto que lo conoces. Estaba en la comuna del parque. ¿Por qué?

—Lo matamos ayer.

Él pensó que ella iba a sobresaltarse bruscamente; no lo hizo.

—¿Qué?

—Ayer, uno de nuestros blancos más retardados le golpeó en la cabeza con un trozo de cañería: hasta matarlo. Tú estabas allí. Ocurrió abajo en la cocina mientras nosotros estábamos fuera en el balcón.

—Fue Dólar —dijo Denny.

—Señor... —susurró ella, con voz grave por la impresión.

—Dólar es aquel con el que hablaste cuando... —siguió Denny.

Hasta que ella interrumpió:

—Conozco a Dólar. ¿Wally?

—¿Quién era Wally? —Chico cerró los ojos.

—Era el muchacho que siempre hablaba de Hawai.

—Oh. —Chico abrió de nuevo los ojos—. Sí. Ahora lo recuerdo.

—¿Está... muerto?

—Alguna pelea estúpida. No sé lo que ocurrió. Todos estábamos allí, y nadie...

—Sé lo que ocurrió —dijo Denny—. ¡Dólar es un jodido loco! Alguien dijo probablemente algo que no debiera, y Dólar no supo como pararse.

Lanya chasqueó la lengua.

—Ése era Wally. ¡Chico, eso es terrible! ¿Qué va a pasar?

Él se encogió de hombros.

—¿Como qué?

En cuyo momento Denny inspiró profundamente y dijo: —¡Mierda, hombre! Escribes algunos poemas malditamente sangrientos. Éste acerca del chico que se cayó por el pozo del ascensor. ¡Huau...!

Chico miró a Denny.

—... «Las dos piernas... rotas» —Denny alzó unos desconcertados ojos—. «La cabeza pulpa, la cadera jalea...»

Chico tendió bruscamente un brazo, agarró el extremo del libro, lo atrajo hacia sí («¡Hey!, ¿qué...?», exclamó Denny), se apoyó en el regazo de Lanya para leer la letra impresa.

Pero Denny *había* leído mal la estrofa.

Chico apoyó su mejilla en las piernas de Lanya y Denny.

—¿Estás bien? —preguntó Lanya, y Denny acarició su rostro.

—Sí —dijo Chico—. Claro, estoy bien. —Alzó de nuevo la cabeza—. ¿Cómo sabes de qué se trata? El poema no dice nada acerca del pozo de un ascensor.

—Yo... Bueno, imaginé que tenía que tratarse... — Denny pareció sorprendido— ...de eso. Quiero decir, yo estaba allí, ¿recuerdas?

—Oh. —Chico volvió a apoyar su mejilla—. Sí.